

Los jurados escribieron en sus pizarras: «Ella está convencida de que estos versos no tienen pies ni cabeza», pero ninguno de ellos se atrevió a explicarlos.

—Si el poema no tiene ningún sentido —dijo el Rey—, nos evitaremos muchas complicaciones, porque no tendremos que buscarte. Y, sin embargo —siguió, apoyando el papel sobre sus rodillas y mirándolo con ojos semiabiertos—, me parece que les encuentro algún significado... «dijo que yo a nadar nunca aprendí»... No sabes nadar, ¿o sí sabes? —añadió, dirigiéndose al Valet.

El Valet sacudió la cabeza tristemente.

—¿Tengo yo aspecto de saber nadar? —dijo.

(No lo tenía, por supuesto. Porque estaba hecho todo de cartón.)

—Me parece que hasta aquí todo encaja —observó el Rey, y siguió mascullando para sí mientras examinaba los versos—. Bien sabemos que es verdad... Evidentemente se refiere al jurado... Pero si ella insistiera... Tiene que ser la Reina... ¿Qué te podría pasar?... ¿Qué, en efecto? Yo di una, ellos dos... Vaya, esto debe de ser lo que él hizo con las tartas...

—Pero después sigue «todas volvieron a ti» —observó Alicia.

—¡Por supuesto, y aquí están! —exclamó triunfalmente el Rey, señalando las tartas que estaban sobre la mesa—. Más claro que el agua. Y más adelante... Antes del ataque de ella... Nunca sufres ataques, ¿verdad, querida? —le preguntó a la Reina.

—¡Nunca! —rugió la Reina, arrojando, furiosa, un tintero contra la pobre Lagartija.

(La infeliz Lagartija había renunciado ya a escribir con el dedo, porque se dio cuenta de que no dejaba ninguna marca en la pizarra, pero ahora se apresuró a empezar de nuevo, aprovechando la tinta que le caía chorreando por la cara, todo el tiempo que pudo.)

—Pues, entonces, las palabras del verso no pueden referirse a ti —dijo el Rey, mirando a su alrededor con una sonrisa.

En silencio de muerte se produjo en la sala.

—¡Todo esto es un juego de palabras! —tuvo que explicar el Rey airadamente.

Entonces, todos se rieron.

—¡Que el jurado considere su veredicto! —ordenó el Rey, por vigésima vez en el día.

—¡No! ¡No! —protestó la Reina—. La sentencia primero...

El veredicto después.

—¡Qué idiotez! ¡Absurdo y sin sentido! —exclamó Alicia, alzando la voz—. ¡Qué ocurrencia pedir la sentencia primero!

—¡Cállate la boca! —gritó la Reina, poniéndose colorada.

—¡No quiero! —dijo Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —ordenó la Reina a grito pelado. Nadie se movió.

—¡Pero quién puede tenerles miedo a ustedes? —dijo Alicia (al llegar a este momento ya había crecido hasta su estatura normal)—. ¡No son más que un mazo de naipes!

Al oír esto, el mazo entero se elevó por los aires y cayó en picada contra ella. Alicia dio un grito, que era mitad de miedo y mitad de enojo, y trató de quitárselos de encima... De pronto, se encontró tirada a la orilla del río. Tenía la cabeza apoyada en la falda de su hermana, que le estaba quitando cariñosamente de la cara unas hojas secas que habían caído desde los árboles.

—¡Despierta ya, Alicia! —le dijo su hermana—. ¡Cuánto tiempo has dormido!

—¡Pero es que tuve un sueño tan extraño! —dijo Alicia.

Y a continuación le contó a su hermana, tan bien como sus recuerdos lo permitían, todas las sorprendentes aventuras que hemos estado leyendo. Cuando terminó, su hermana le dio un beso y le dijo:

—En verdad, ha sido un sueño muy raro, cariño. Ahora ve corriendo a merendar. Se está haciendo tarde.

De ese modo, pues, Alicia se incorporó y se alejó corriendo de

allí. Mientras corría no dejó de pensar en el maravilloso sueño que había tenido.

Entretanto, su hermana siguió, tal como Alicia la había dejado, sentada, con la cabeza sobre una mano, viendo el atardecer y pensando en la pequeña Alicia y en sus prodigiosas experiencias. Hasta que también ella empezó a soñar, a su vez, y éste fue su sueño:

Soñó con la propia Alicia y le pareció sentir de nuevo las manos de la niña apoyadas en sus rodillas y ver sus ojos brillantes y curiosos fijos en ella. Podía oír todos los tonos de su voz y veía el ademán con que apartaba los cabellos que siempre le caían delante de los ojos. Mientras los oía, o imaginaba que los oía, el espacio a su alrededor fue cobrando vida y se fue poblando con los extraños personajes del sueño de su hermana.

Cuando pasó corriendo el Conejo Blanco, la alta hierba se agitó a sus pies; el asustado Ratón chapoteó en un estanque cercano. Oyó el tintineo de las tazas de porcelana mientras la Liebre de Marzo y sus amigos seguían en aquella merienda interminable, y la penetrante voz de la Reina ordenando que se cortara la cabeza a sus invitados. Apareció ante su vista el bebé-cerdito, que estornudó en brazos de la Duquesa, mientras platos y fuentes se estrellaban a su alrededor; el aire se llenó con los graznidos del Grifo, el chirrido de la tiza de la Lagartija y los aplausos de los «reprimidos» conejillos de indias. Todo esto se mezclaba con el sollozo distante de la Falsa Tortuga.

La hermana de Alicia estaba sentada allí, con los ojos cerrados, y casi creyó encontrarse ella también en el País de las Maravillas. Pero sabía que le bastaba volver a abrir los ojos para hallarse de golpe en la aburrida realidad. Sólo la brisa movería la hierba y el ruido del estanque se debería simplemente al temblor de las cañas que crecían en él. El tintineo de las tazas de té de porcelana se transformarían en el sonido de los cerros de un rabeño, y los

gritos agudos de la Reina, en los gritos de un pastor. Además, los estornudos del bebé, los graznidos del Grifo y todos los otros ruidos misteriosos se convertirían (ella lo sabía) en ese confuso bullicio que suele llegar desde el corral de alguna granja vecina, mientras que el mugido del ganado a la distancia reemplazaría los lloriqueos de la Falsa Tortuga.

Imaginó, finalmente, cómo sería, en el futuro, esta hermanita suya, cómo sería Alicia cuando fuera una mujer. Y pensó que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón simple y afectuoso de su infancia. Que reuniría a su alrededor a otros chicos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contarles un cuento curioso, tal vez esos mismos ensueños del País de las Maravillas que había tenido años atrás. Pensó que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y gozaría con las sencillas alegrías de los otros niños, recordando su propia infancia y esos días felices del verano.

